

MÁRTIR POR EL MÁRTIR
(PROYECTO DE NOVELA RELIGIOSA)

POR

HUMBERTO MÉNDEZ

DEDICADA A MIS AMIGOS:

RADHAMÉS FERNÁNDEZ
CARLOS CRUZ
JOSÉ CASTILLO
JOSÉ PEÑA

-¡Señor, ¡Señor! despiértese.

-¿Qué sucede Marcos? ¿Acaso le fue quitado el centro al César poderoso, por lo que tu vienes a perturbar la presencia de Hipnos en mi humana morada?

-Señor las autoridades de Sanedrín esperan por vos.

¡Maldición! debieran ser encerrados en las profundidades del Tártaro por ser tan inoportuna su visita. Algún crimen quiere cometer con el consentimiento de Roma. Diles que pasen.

Marcos salio apresuradamente hasta las afueras del Pretorio, y dice a los sacerdotes:

- El Presidente de la Corte, Poncio Pilato, legitimo representante de la autoridad del divino Cesar os invita a pasar hasta la sala de recepciones.

- Nosotros no podemos entrar en el Pretorio, pues según nuestras leyes, nosotros no podemos contaminarnos, para así estar limpios y en buena disposición para poder participar en la Pascua; así es que dile al Excelentísimo Señor Presidente que salga él a nosotros, por motivo de nuestra purificación.

Esa fue la respuesta dada por las máximas autoridades del Concilio judío de religión.

Pilato, mal humorado, salio pues a ellos, y clavando una escrutadora mirada en cada uno de los rostros allí presentes, vio que todos estaban cargados de odio y maledicencia. Por ultimo se detuvo frente al hombre de mirada tranquila y perdida en la lejanía, cuya presencia contrastaba con los representantes de una entidad religiosa ya en decadencia.

El reo, en pie, con los largos cabellos alborotados y el rostro pálido, daba la impresión de que no había dormido en toda la noche. Había visto Pilato muchos criminales y juzgado inmensidad de malhechores, también había sentenciado a hombres cuyos únicos crímenes era no haber cometido ninguno; pero este hombre era diferente a todos,

Este era un contemplativo incapaz de hacerle daño a un ave del cielo o al lirio del campo que crece a la vera del camino. Viendo por ultimo a los jueces, le pregunta:

-¿Qué acusación traen contra este hombre? ¿Quién es él? ¿Por qué le haban traído hasta mi.

- Hemos hallado que este hombre prohíbe dar tributo a Cesar, diciendo que el mismo es el Cristo, un rey.

- Así es que si no fuera malhechor no te lo hubiéramos traído.-
Dijo un segundo.

- Tomadle entonces vosotros y juzgado según vuestra ley.-
Responde el Gobernador.

-No no es lícito a nosotros dar muerte a nadie-

Al oír estas palabras, Pilato se vuelve al hombre que era la causa de tantas molestias

De parte de las autoridades religiosas y le pregunta:

-¿Eres tu el rey de los judíos?

-¿Dices tú esto de ti mismo o te lo han dicho otros de mi?- Es la respuestas que recibe.

Vuelto al pueblo que se había reunido, dice Pilato:

-Ningún delito hallo en este hombre.

Es entonces cuando se escucha al populacho gritar:

-Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.

Pilato dice al reo:

-¿No responde algo? ¿Mira de cuantas cosas te acusan?

Los insultos, las palabras obscenas herían el aire como si fueran los fríos aceros de las pequeñas espadas de los gladiadores al hundirse en el vientre desnudo de los contendientes.

El reo seguía en pie, nada hacia cambiar la serenidad del rostro, a la vez que la avalancha de insultos no le movía de la tranquilidad de mármol que emanaba de él.

-¡Pervierte la nación!

-¡Perturba la tranquilidad del pueblo!

-¡Dijo que era hijo de Dios!

-¡Veda dar tributo al Cesar!

En medio de tantos y tantos insultos, Pilato quitando al preso de en medio de sus acusadores, y llevándole aparte le pregunta:

-¿Eres tu rey de los judíos? ¿Dime, eres tu el que los judíos esperan que ha de traer un reino en el cual habrá un milenio de paz?

Pero era inútil, nada hacia cambiar aquella mirada de mansedumbre, de paz y bondad. Y con el semblante que

transparentaba la quietud y la mirada puesta en la lejanía responde:

--¿Por qué me vuelve hacer la misma pregunta, otros lo dicen o lo dice tú de ti mismo?-

-¿Acaso soy yo judío?- Tu misma nación y los jefes de los sacerdotes te han entregado a mi, ¿Qué hiciste?

Sin perder la tranquilidad, y con la mirada perdida, el acusado responde:

-Mi reino no es de este mundo: si lo fuera, entonces mis seguidores habrían peleado para que yo no fuera entregados a los judíos. Pero mi reino no es de este mundo.

-¿Así es que tú eres rey?-

-Soy rey, como tú lo dices. Yo nací, y a este intento vine al mundo, para dar testimonio de la verdad a todo aquel que es de la verdad, este oye mi voz.

-¿Qué cosa es verdad?

Mas que curiosidad, había ansias en la pregunta de Pilato, el quería conocer que era la verdad, ya que el había sido educado en el razonamiento griego y latino; pero no pudo escuchar la respuesta del maestro y padre de la sabiduría, del que conoce el corazón de los hombres y sabe el nombre de cada una de las estrellas que adornan el cielo durante la noche y que invita a los hombres a razonar sobre los mas insondables secretos de la providencia.

El populacho, intimidado por los desalmados sacerdotes y príncipes vocifera:

-¡Atenta contra la soberanía!

-¡Se hizo igual a Dios!

-¡Dijo que era rey!

Pero más fuerte que el clamor del de la masa enardecida, un príncipe hizo escuchar su estentórea voz, que llegó hasta los oídos de Pilato:

-¡Se dice rey, y todo el que se hace rey, se constituye en enemigo del Cesar!

Otro le siguió al gritar:

-¡El que se hace amigo de un enemigo de Cesar, enemigo es de Cesar!

Saliendo Pilato le dice al pueblo:

-Yo no encuentro delito en este hombre.

De nuevo los príncipes y sacerdotes gritan:

-Alborota al pueblo, enseñando en toda Judea, comenzando desde Galilea hasta la misma Jerusalén.

Y como Pilato supo que era de la jurisdicción de Herodes, les dice a ellos:

-Si es galileo, yo no tengo nada que ver con este hombre, lo mandaré pues a su rey, ya que pertenece a otra jurisdicción y no me corresponde a mí hacer justicia en este caso.

Escribió Pilato unas letras a Herodes que decían:

‘Poncio Pilato: Tetrarca de Judea, al muy excelentísimo Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Como prenda de mi deseo de reconciliación entre nuestros territorios, te envío a con Cayo Dionisio a Jesús, el galileo que me fue presentado a mi por las autoridades eclesiásticas de Jerusalén; y de acuerdo a la acusación, que es de sedición y predicador de una nueva doctrina. Yo lo interrogué, pero nada digno de muerte he encontrado el él, así es que lo remito a ti.

‘La bendición del Cesar glorioso sea sobre ti’.

Así fue entregado Jesús el galileo en manos de Cayo Dionisio, el cual le sacó de Pretorio con dirección al palacio de Herodes, en el extremo norte de la ciudad.

Treinta legionarios escoltaban al reo para protegerle de las amenazas de la turba enfurecida, que vociferaba palabras de escarnios contra el hombre de la desordenada cabellera, mirada triste y posos cortos, pero con toda la majestad y la dignidad del cielo.

Con dirección a la corte de Herodes salieron, y a la corte de Herodes llegaron.

-¿Por qué se alborota el pueblo, José? ¿Cuál es la causa de que ventan a mí justamente en este día? Veo desde aquí pretorianos, sacerdotes y parroquianos.

-Señor, son las autoridades de Jerusalén que traen a Jesús el galileo para que usted le juzgue.

-¿Jesús? ¿El que predica desde Galilea, Siria, Tiro y Sidón; el que devuelve la vista a los ciegos, hace andar a los cojos y a los muertos devuelve la vida?

-Si Señor, el mismo.

-Sin dudas este al que tu le llama Jesús es Juan el que bautiza que ha resucitado de entre los muertos. Juan a quien yo hice degollar; seguro que nadie puede hacer todas esas cosas y obrar con tales virtudes. José que pasen inmediatamente a mí.

-Herodes Antipas, la gracia de Cesar sea sobre ti. Poncio Pilato me envía ante tu corte al saber que Jesús Nazareno pertenece a tu jurisdicción, para que sea juzgado por ti, ya que el Sanedrín le acusa.

Con esas palabras, Cayo Dionisio, el centurión romano entregó a Jesús Nazareno, nacido en las afueras de Belén y descendiente de David, tanto por la línea de Salomón, Natán y Absalom, a Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, hijo de Herodes el Grande, descendiente de idumeos y de Maltace, mujer samaritana. Allí estaban los dos frente a frente, la zorra astuta del desierto, encarnadota de la insignificancia y la traición, descendiente directo del cruento lobo carnicero que había vertido por tierra la sangre de su hermano, abuelo, esposa e hijos; allí estaba la semblanza del chacal, que devora uno a uno los cachorros de la

hiena, creyendo exterminar con ello al hijo del león, su temido enemigo.

Ante la bestia estaba el manso cordero; en las garras del halcón, tímida se veía la candida paloma; cercado de espinas, estaba el lirio de los valles.

-¡Quíteles las cadenas;- dice el ogro- ¿Cómo se atreven a maltratar con golpes he insultos a un reo sin ser sentenciado? ¿Hasta cuando estará creciendo la malicia y la desobediencia de este pueblo? Debieran ser azotados y cargados de cadenas.

Diciendo esto, vuelto a prisionero le dice:

- Dime, ¿Es cierto todo lo que oigo de ti? ¿Podrías tu convertir el agua en vino? ¿Podrías tu darle de comer a un ejercito con cinco panes y dos peces. Me gustaría ver si eres capaz de restituirle el brazo a uno de mis hombres que es manco; o volverle la vista a un niño ciego que nos acompaña. Por esa y otras cosas quería conocerte. Veamos se puedes hacer un milagro.

Pero el galileo no hablaba. El que hacia saltar de alegría la lengua del mudo estaba en silencio ante aquel demonio tentador. El que devolvía la musicalidad a los oídos de los sordos, no escuchaba las palabras del monarca.

Al verse burlado por el reo, el buitre con corona dice:

-Si haces un milagro delante de mi, te serán quitado los cargos de tu acusación y podrán andar libremente y predicar. ¿Que dices galileo? Has un milagro para que veamos de lo que eres capaz y creamos en ti.

Pero nada hacia hablar al extraño personaje.

Los príncipes y sacerdotes, al saber que un milagro podría echar a perder todos sus planes, incitaron al pueblo para que rumorara:

-¡Por el príncipe de los demonios es que echa fuera a los demonios.

Pero el tetrarca no le escuchaba, quería oír a Jesús y verle operar un portento, y por eso grita:

-¡Danos una señal de tu poder para que en ti creamos; Si puedes hacer que este niño pueda ver o que este soldado manco se pueda valer por si mismo te colmaré de honores y mercedes. No, no, no me responde nada- Esto dice colérico y tartamudo el irritado monarca- No sabes que puedo hacer flagelar tu cuerpo o hacer

que te torturen sin misericordia, hasta uno solo de tus huesos no quede hecho polvo.

Pero ni una palabra, ni un músculo se movía del rostro del maestro de mirada enigmática y serena presencia.

Colérico, el vampiro real dice en tono burlo:

-Si tú fueras el Cristo de Dios, te librarías de mis manos, y respondiera a los insultos del pueblo. Tú eres uno de los tantos que amotinan a la gente, diciéndose el Mesías, y no son más que charlatanes e impostores. Tú no eres el Cristo, tú eres un falso Mesías. Te entregaré a la guardia para que hagas el milagro de escaparte. Veremos se eres o no el Cristo rey de Israel.

-¡José!-dice Herodes- Que traigan una túnica de púrpura y un bordón de caña, para que rindamos los honores al rey de los judíos, al librador de Israel.

Inmediatamente fue puesto sobre sus anchos hombros un manto real, y los soldados comenzaron a humillarlo, diciendo:

-¡Ave! Monarca poderoso.

Lo mismo hacían los sacerdotes, los cuales le reverenciaban al tiempo que exclamaban:

-¡Hosanna a nuestro rey!

Después de tanto menosprecio y encarecimiento, Herodes les dijo:

-Dionisio, toma a vuestro rey, el galileo y llévalo de vuelta a Pilato y dile que como prenda de nuestra amistad, le juzgue él, pues Pilato conoce mejor que yo sobre estas cosas, y que tan pronto tenga tiempo que venga a verme.

Así se hicieron amigos Herodes y Pilato en aquella ocasión, pues tenían una enemistad por cuenta de unos galileos que Pilato había dado muerte en el templo, haciendo mezclar la sangre de estos con la de los sacrificios que ellos ofrecían, mezclando la sangre de los galileos con la de los corderos sacrificados.

Pilato y Herodes se hacían las paces al convertirse en jueces y verdugos del manso cordero que estaba siendo llevado a la expiación, como una oveja muda delante de sus trasquiladores, y no abrió su boca...

-Por las asquerosas aguas de la laguna Estigia, por la barba de Caronte y las pulgas de Cerbero, no les dije que en este hombre no hallo yo nada de culpabilidad. Como prueba de esto lo mande a Herodes, y ahora Herodes lo remite de nuevo a mí. Le castigaré y luego lo soltaré.

Si saber lo que decía, Pilato se dejó llevar por la cólera y el temor creciente a cometer un error que le acarrearía consecuencias funestas; pero la conciencia de una sociedad cauterizada, estaba presta a responder con la voz del engaño, la perfidia y la traición.

-Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir.

-Vosotros me habréis presentado a este como un hombre que pervierte al pueblo; pero habiéndolo yo interrogado delante de ustedes, ya ven que no he encontrado culpable de ninguno de los cargos y faltas de que le acusáis, pero tampoco Herodes. Júzguenle ustedes.

Cuando Pilato decía estas palabras, irrumpió en la sala del Pretorio un hombre jadeante, cuyo sudor le corría por el rostro, al tiempo que decía:

-¡Paso a la autoridad!- era Marcos, el sirviente de Pilato que entraba llevando un urgente mensaje escrito, el cual entregó al procurador romano. Pilato reconoció rápidamente la letra de Antonia, su esposa, la cual le mandaba a decir:

‘No tengas que ver con aquel justo; porque hoy he padecido muchas cosas en sueño por El’.

Volviéndose Pilato a dirigirse al pueblo les dice:

-Como es mi costumbre desde que soy gobernador en esta provincia, que en los días de solemnidad del pueblo de Israel libere a un prisionero, ¿queréis que os suelte al rey de los judíos? ¿A Barrabás o a Jesús el que se dice el Cristo? ¿Cuál pedís?

La multitud, a instigación de los príncipes, sacerdotes y ancianos comenzó a clamar con furia:

-¡Fuera con este, y suéltanos a Barrabás!

-¿Qué pues haré de Jesús que se dice el Cristo?

La respuesta no se hizo esperar:

-¡Sea crucificado!

-¡Crucifícale!

-¡Crucifícaleee!-

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

